

CUENTO N° 140

TÍTULO: EL ENCUENTRO

SEUDÓNIMO: ROBY

AUTOR: JUAN DOMINGO CABELLO TAPIA

EL ENCUENTRO

Fue un mediodía del mes de marzo, de esto hace ya muchos años, cuando el verano declinaba dando paso a leves cambios de temperaturas anunciando la llegada del otoño, donde David González tuvo las primeras experiencias de su naciente pre adolescencia.

Había llegado a vivir junto a sus padres y un hermano, sector más céntrico de la capital, proveniente de una población alejada, ubicada en los suburbios de la zona poniente de Santiago. Adaptándose a esa nueva vida lo sorprendió una etapa decisiva de cualquier adolescente.

El lugar que lo vio nacer y donde pasó sus primeros diez años, habitado de gente obrera, era de una pobreza evidente, las calles aledañas sin pavimentar, era tierra suelta en verano y barriales en Invierno, su hogar, una pequeña vivienda de solo una pieza donde cabían; dos camas, una mesa, unas cuantas sillas y un mueble donde instalaban las pocas pertenencias que poseían.

En esos años Santiago terminaba allí, al límite con parcelas y fundos habitada por familias de trabajadores que, con dificultad se trasladaban a zonas céntricas para trabajar, el transporte era escaso, los microbuses no eran suficientes, de gran ayuda eran unos pequeños vagones que se movilizaban entre Las Rejas y Matucana llamado Ferrocarril Oeste.

David y su hermano estudiaban en una escuela ubicada en calle Matucana, lejos de su domicilio, ellos se trasladaban en ese medio de transporte, cuyo pasaje costaba veinte centavos, llamada Chaucha. La situación económica para las familias de trabajadores era muy precaria, el hogar de David no era la excepción, ya que el salario del padre no era suficiente para llegar a fin de mes.

La única distracción para ellos y sus amigos vecinos era salir a la calle a jugar pichangas de futbol, jornadas que finalizaban cuando las sombras de la noche no dejaban ver el balón, fabricados con medias de nylon en desuso.

Los hermanos tenían prohibido jugar en la calle, el padre temía que adquirieran costumbres contrarios a su forma de ver la vida, por su parte la madre luchaba a diario para hacer cumplir las órdenes que el padre tenía establecido. Cuando eran sorprendidos desobedeciendo las órdenes del padre, una correa colgada en un lugar estratégico, entraba en acción sobre las nalgas de los muchachos. Sus amigos; el "Moco de Pavo", el "Pera", el "Cuchufli" y otros, siempre esperaban que sus amigos pudieran escapar, de ese modo se completaba el número suficiente para la pichanga.

Otra entretención que esperaban con ansias era ir a la matiné los días domingo en la mañana, a un cine cercano a sus casas. El mal llamado "cine", no era de una gran comodidad; era una barraca de madera con pésimos asientos, lo que no representaba ninguna objeción de los muchachos, todo lo contrario eran felices

entrando al pobre cine de barrio. La mayor parte de las veces escaseaban las chauchas para cancelar la entrada, fiel reflejo de la precaria situación de las familias que habitaban esos sectores. El ingenio de los muchachos para obtener alguna moneda nació en forma espontánea, al enterarse que cerca de sus viviendas compraban desechos como; vidrios, trapos, huesos, metales, no importaba en las condiciones que estuvieran. Se dio la casualidad que en un terreno baldío, la gente lo había convertido en un gran basural, allí encontraron la veta para conseguir sus propósitos. David y su hermano a escondidas de su madre salían junto a sus amigos en busca de esos preciados materiales que lo convertían en chauchas para la matiné del domingo. No supieron hasta años más tarde que estaban realizando reciclaje en boga años después.

En su nuevo hogar, enclavado en una zona con calles y veredas pavimentadas, con gran actividad comercial, escaparates de locales llenos de luces y adornos, cientos de vehículos transitando a todas horas, personas de todas las edades caminando apresuradamente, era para David maravilloso.

La adaptación de David a esa nueva vida fue rápida. Pronto junto a su hermano consiguieron nuevos amigos y después de un tiempo volvieron las pichangas, las tertulias, incluso sus padres los instaran invitar a sus amigos a la casa. Era una nueva vida, donde mejoró la vestimenta y la alimentación, iban quedando atrás varios años de necesidades.

Roby

Comenzaron notorios cambios en la personalidad de David. Apareció la necesidad de mayor intimidad, escuchando música y leyendo, surgieron conflictos de su imagen corporal el vestirse mejor. La metamorfosis engendrada en la personalidad de David se incrementó con un episodio inédito en su corta vida, un chispazo que duró escasos segundos, al cruzarse su mirada con una niña que parecía de su edad.

Ocurrió un mediodía, su madre le había encomendado una compra, al atravesar la calle Matucana, justo en el medio, se encontraron sus miradas, fue un relámpago al mismo tiempo que los ojos de la niña bajaban a los pies de David. Al llegar a la vereda se miró los pies descalzos pero nada irregular observó.

El hecho que aquella niña mirara sus pies descalzos lo tuvo muchos días en la incertidumbre. En su antiguo barrio todos sus amigos, con él incluido, andaban en verano a pies descalzos, sin que nadie tuviera objeción alguna, era normal incluso jugar las pichangas a pies pelado. Comenzó a mirar los pies de niños, jóvenes y adultos con el objeto de dilucidar la duda que lo intrigaba; no encontró a nadie que no usara zapatos, o zapatillas o alpargatas. Esto lo llevó a resolver que nunca más saldría a la calle a pies pelado. Y así lo hizo.

El encuentro le cambió la vida, salía a la calle con zapatos muy lustrados, ante el espejo arreglaba su apariencia, su pelo lo peinaba con gomina y usando la mejor camisa, ojalá de vivos colores.

Se transformó en el encargado de las compras que su madre acostumbraba a realizar, ya que ante la necesidad de comprar algún producto David se ofrecía de inmediato, inventando a su vez cualquier pretexto para salir con la idea de ver a esa niña que le estaba cambiando la vida.

Dos veranos pasaron raudos por su vida, David asistía al Liceo, su personalidad se perfilaba con cambios notorios, al margen del estudio la práctica del fútbol y basquetbol eran sus pasatiempos favoritos, lo que le permitió tener muchos y conocidos y amigos.

La misteriosa niña seguía siendo un importante hito en la vida del joven, los encuentros eran frecuentes, solo miradas. Descubrió algunas rutinas de la niña. Todas las tardes iba a buscar a su hermano a la escuela, donde también estudiaba el hermano de David, por lo tanto la estaba viendo a diario. De vuelta realizaban el mismo trayecto. Sus ojos se llenaban de ella causándole una gran alegría. Y aunque a esa edad las hojas del calendario caen con lentitud, sin darse cuenta ya había transcurridos algunos años.

David ya había cumplido 16 años, tenía muchos amigos y amigas. Con Luis y dos vecinas planificaron ir al cine. Las amigas quería ver el film “La hermana San Sulpicio”, película mexicana que estaba siendo exhibida en cine del centro. Los otros amigos que se enteraron de aquella salida, riéndose le aconsejaban que compraran cabrita.

Llegó el domingo acordado y con sus mejores vestimentas salieron rumbo al centro de Santiago. A David no le agrado la película, pero nada expresó, pero salió conforme ya que había tenido algunos avances con una de ellas.

De vuelta caminaron hacia la Alameda para abordar el micro que los regresaría a sus casas. David subió último cancelando los pasajes, los otros tres encontraron asientos atrás. No tenía cupo atrás por lo que decidió sentarse en un asiento desocupado más adelante. Notó que su vecina en el asiento era una mujer. Había transcurrido gran parte del viaje y David imbuido en sus pensamientos nada veía. De pronto observó que la mujer vecina de asiento lo miraba con insistencia, puso atención en ella y con inaudita sorpresa comprobó que era aquella niña de sus sueños que había despertado en él sentimientos desconocidos. Era ya una mujer hermosa, como la recordaba, feliz porque ella también se acordaba de él. Estaban a una cuadra del lugar que David bajara, también ella lo sabía, pues habían sido vecinos en aquel barrio. En un rápido ademán mirándolo con mucha atención extendió su brazo izquierdo y mostró su mano donde se veía con nitidez un anillo de compromiso. Escuchó a sus amigos gritándole entre risas que tenía que bajar. Buscó con la mirada la ventana y observó que ella lo miraba despidiéndose.

Fue la última vez que la vio y a pesar del paso de muchos decenios aún recuerda esa importante experiencia de su juventud.